
COSAS DEL PAIS

ORIAMENDI

El asunto es grande, inmenso, tanto por los curiosos detalles y asombrosos accidentes que se suceden, como por su colosal conjunto.

El hecho es así, y al temperamento más frío ha de causarle el transcurso de lo acaecido vivo entusiasmo unas veces, y á veces también horror que ha de hacerle levantar las manos á la frente para cubrir los ojos emocionado y nervioso por las horribles escenas que se desarrollaron sobre los campos de la carretera vieja de San Sebastián á Hernani.

El lugar, los términos, los accesorios, las figuras del cuadro, los distintos grupos, el color, el movimiento, la lucha de bandos, el desenvolvimiento de la acción, el momento supremo, el ambiente cubierto por el humo de la pólvora, las banderas del absolutismo y de la libertad á todo trapo destacándose sobre las armas de los combatientes el galopar de los caballos que relinchan levantando nubes de polvo, pisando á los muertos, lastimando sin compasión á los heridos, á la manera de los briosos corceles que el ingenio del eminente Checa representa en su celebrada pintura titulada «La invasión de los bárbaros», los nogales y los robles que se mantuvieron vigorosos durante siglos, arrancados por la orden inexorable de la guerra, incendiados los case-

ríos, el retumbar de los cañones formando monstruoso concierto con las continuas descargas de miles de fusiles que tiran á tierra sucumbiendo hombres y más hombres.! !

—¡Detente y escucha!!—Parece que el monte Oriamendi exclama en medio de aquella soledad á quien se acerca hoy á sus plantas; y entre rumores vagos se despierta su pasado, y sin forzar la imaginación se siente, se ve y se escucha cuanto acabamos de apuntar en globo, en montón.

El combate de Oriamendi no solo hace escribir un capítulo extenso á la Historia, sino que brinda á la inspiración y al arte escogido motivo para una de sus grandiosas manifestaciones.

En efecto, cuando se emprende el antiguo paseo donostiarra que comenzaba en medio de ambos barrios llamados de San Martín, que subía por los caseríos «Charkoaga», «Arainbarri» y «Beloka», para avanzar dejando á diestra y siniestra «Pintore» y Aize-errotá, echando una mirada á «Lazkano y Kaleene», recordando la muerte de Sagzibeltza en la antigua casa «Santa Teresa», saludando á los vecinos de «Isturín chiqui» y «aundi», rozando á «Ochanda», dejando uno y otro lado «Alkiza», «Muntua», «Melodi» y «Olabene», descansando unos minutos en «Charola» y prosiguiendo por la descubierta de «Ayete», antigua propiedad de las familias Saleses y Hernaiz, venimos á alcanzar «Orta», «Aroztegui» y «Borroto», que forman camino cruzado; un arranque más para adelantarnos á «Alkartegui», «Mantolena» y «Marigomiztegui», pero al llegar á «Aliñategui» no podemos menos de recordar, aunque de paso, lo siguiente:

Durante el invierno del año 1863 se expendió en esta cacería una sidra tan magnífica y excelente, que hizo época.

Uno de los domingos de aquellos felices días asistió á saborear el pajizo líquido un buen puñado de donostiarras, formando parte del agradable grupo el celebrado é inolvidable Bizcarrondo.

Más de seis horas estuvo improvisando el popular Indalecio, haciendo morder polvo á cuantos caseros se aventuraron á compartir con él aquella espontánea sesión de bersolaris.

La gracia, la inspiración y el chiste agudo é ingeniosísimo, brotó á borbotones de los labios del incomparable Bilinch.

Llegó la una de la madrugada, y caseros y donostiarras, mezclados en la más fraternal armonía, continuaban á la intemperie en el si-

tio de «Alñategui», (sin importarles un ápice la temperatura glacial de aquella noche) disfrutando con la mayor alegría lo que escuetamente hemos consignado.

Pero dejemos esta digresión y, adelante otro arranque más para plantarnos sobre el campo de nuestro objeto.

Para ello vamos á travesar los pertencidos de «Indiano», «Ramonenea», «Chandarmene», «Kachola», (aquí fué muerto en la segunda guerra civil el valiente oficial de miqueletes Ocariz) y ya frente por frente «Paraiso» (reconstituida en el día) y Merkelin y Miramón, nos espaciamos en pocos minutos dentro de las tierras que corresponden á «Inchaurtegui», «La Venta», «Zabalegui» y «Estubei».

Estamos en pleno Oriamendi.

Las ruinas del castillo que se destacan en su cumbre y el misterioso silencio que ahora reina en su alrededor, esa soledad, esa quietud, todo fué turbado un día y parece

«que el recuerdo está
al pie del monte dormido.»

—¡Detente!!—dice el monte: me detuve, escuché y recogí cuanto de su pasado se adivina.

Horacio Vernet, el gran pintor francés, hubiera enriquecido su célebre colección de cuadros de la guerra tratando la acción de Oriamendi.

Detalle y Neuville con el mismo asunto hubieran conseguido también aplauso universal ejecutando otro gran panorama militar.

La música perpetuó este hecho de armas: ningún maestro de celebridad europea escribió la «Marcha de Oriamendi», pero nadie tampoco llegaría á concebir página más inspirada que la escrita por el olvidado y modesto autor, á cuya música supo imprimir

«el aroma del lugar
y el sabor de la montaña»

No se crea que hacemos la apología del carlismo. Nada de eso.

Bosquejamos la impresión de un hecho de armas en que el extraordinario arrojo, rayano en temeridad, que ofrecieron los ejércitos combatientes repercutió con asombro por todas partes.

El infante don Sebastián Gabriel, que era el cabeza de las tropas absolutistas, dijo que si resultaba vencido — spegaría un pistoletazo.—

Lacy Evans se hallaba al frente del ejército liberal.

La lucha desde los primeros instantes se presentó de lo más violenta y colérica.

«Cada porción de suelo era tomado á paso de carga y los cadáveres marcaban el terreno que habían defendido.»

Tanto el valor individual como el colectivo, se mostraron á su mayor altura.

De los muchos detalles que cuenta la batalla de Oramendi, únicamente vamos á relatar dos, pues extenderse á más sería salirse de los límites de un artículo.

En una de las faldas del cerro se colocó un jefe inglés á caballo y bandera en mano; á su lado fueron formando los soldados de su nación.

Observada esta operación por los soldados de las filas absolutistas no tardaron un credo en atacarle, llegando en pocos momentos á batirse á brazo partido.

El soldado carlista José de Arteaga, fornido muchacho con fuerzas para derribar una montaña, se puso á dos pasos del jefe inglés; éste hirió al «chapel-zuri» en la mano izquierda de un sablazo, pero el chico no retrocede ni se amilana por el accidente, y apuntando su fusil disparó y hace blanco en la cabeza del jefe inglés, dejándole cadáver en el acto. Arteaga se apodera de la bandera de su adversario: era la del noveno regimiento de la legión inglesa.

Véase á qué proporciones se elevó el furor bélico de los carlistas.

He aquí la arenga del capellán de uno de los regimientos absolutistas y el resultado de ella.

No es posible traducirla con exactitud, porque ni la construcción ni la índole del vascuence pueden ser vertidas fielmente.

«¡Mutillak!! (¡Muchachos!!) Este Crucifijo que admirais en mi mano derecha, es preciso que lo expongamos sin pérdida de tiempo sobre las trincheras del alto de nuestro monte Oriamendi.

Para ello es menester que esos negros, malditos hijos de Satanás, sean expulsados de esa posesión; esos indignos españoles que nos quieren hacer tragar la impúdica Constitución, arrebatando los legítimos derechos de nuestro amadísimo rey el augusto Don Carlos V.

¡Muchachos!! Yo os pido en el nombre de Dios y del Rey Nuestro Señor, no retrocedáis un paso. Ni se os prometen honores ni cruces;

vuestro premio será la muerte, pero moriréis con honra y gloria en defensa de nuestra santa causa.

¡Muchachos!! ¡Rodilla á tierra! y vuestro capellán os absuelve en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Habéis hecho el acto de contrición; pues, hijos míos, nada temáis; ¡aurrera mutillak!!!! (¡Adelante muchachos!!).»

Mientras el batallón, inmóvil, hincado de rodillas, oía con fervor la arenga y recibía la bendición del cura cabecilla, miles de balas caían y atravesaban el lugar en donde estaba formado el regimiento con su capellán al frente.

Pocos momentos después, el combate toca á su fin y las bayonetas del absolutismo brillan en la cumbre de Oriamendi.

El joven infante don Sebastián, ya no se pega el pistoletazo.

Oriamendi es suyo.

Ese día conmemora la fecha de 16 de Marzo de 1837.

*
* *

—Mucho mira el amigo al monte—advertí que me saludaba una voz.

—Ah! sí—contesté entre risa y reverencia.

—Apuesto á que de estos andurriales nos enjareta alguna leyenda.

—¡Quién sabe!

—Nada, nada; no quiero interrumpirle, sabe usted que se le lee...
. y veremos, eh?

—Muchas gracias.

Se alejó el amigo y volví á quedar solo, echando la última ojeada al monte Oriamendi ...!

Emprendí el retorno.

El sol se ponía detrás de Arratzain y Mendizorrotz, y

«La tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogía.

F. LÓPEZ-ALÉN.

